

El lugarteniente y general D. Leonardo Marquez entre tanto, disponía algunas salidas de poca importancia, que no tenían otro objeto que el de reconocer el grado de resistencia que podría encontrar en el caso de verse en la necesidad de romper el sitio. En una de esas salidas verificadas al brillar la luz primera del

1867. domingo 9 de Junio, fué muerto el capitán

Junio. de Húsares austriacos D. Oscar Shadtler,

mejicano, jóven de 22 años, rubio, de excelente figura, que había servido en la intendencia y había pasado al cuerpo de Húsares cuando éste se organizó. Sus finos modales, su esmerada educacion y su ameno trato, le habían conquistado el aprecio de la sociedad. Poseía con perfeccion cuatro idiomas, era de claro talento, de recto juicio, de bastante instruccion, y Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe. Su muerte causó el más profundo pesar en sus compañeros de armas y en las personas que le trataron.

Por ese sentimiento de sus amigos y personas conocidas se neutralizó con las nuevas noticias que volvió á publicar la prensa, anunciando que ya se aproximaba el momento de que los sitiadores levantasen el sitio. El *Boletín de Noticias* decía el 12 de Junio: «Las noticias relativas á la venida de Su Majestad son conocidas aún en el campo enemigo, en donde hay alarma y temores por su aproximacion.»

La alegría que esta aseveracion causó en las tropas que guarneecían la plaza y en los habitantes adictos al imperio, se aumentó de una manera extraordinaria en la mañana del 15, con las noticias dadas por una persona caracterizada, que logró entrar en la ciudad la

noche del 14, burlando la vigilancia de los sitiadores. Esa persona era el general imperialista D. Manuel Ramirez Arellano, que se había distinguido por su valor y su actividad en la defensa de Querétaro. Habiendo permanecido oculto por varios días, se disfrazó con un traje igual al que usa la gente del bajo pueblo, y al saber que Maximiliano iba á ser juzgado, se propuso dirigirse á Méjico para poner en conocimiento del general D. Leonardo Marquez lo que pasaba y ver lo que sería conveniente hacer. Tomada esta resolucion, suplicó á un leal amigo que tenía en Querétaro, que le diese noticias de todo lo que ocurriese relativo al emperador, dirigiéndole sus cartas por medio de personas de extrema confianza y usando de una clave particular

1867. que le indicó. Terminado este encargo, salió

Junio. de Querétaro, y atravesando por en medio

del ejército republicano que se hallaba escalonado en el camino desde aquella ciudad hasta cerca de las puertas de la capital, llegó á la villa de Guadalupe el 29 de Mayo, donde tenía sus tropas el general republicano D. Ramon Corona. El peligro de ser conocido por alguno de los miles de soldados y oficiales que allí había, era grande. No habiendo encontrado sitio alguno donde alojarse, pasó la noche en las calles de aquella corta poblacion, expuesto á ser capturado. No teniendo, pues, donde ocultarse hasta encontrar el momento oportuno que se le presentase de entrar en Méjico, se dirigió á Tacubaya, esto es, al foco del peligro, donde tenía su cuartel general D. Porfirio Diaz. La resolucion fué temeraria; y atravesando de día con su disfraz todos los puntos de la línea republicana, llegó á la po-

blacion sin haber inspirado sospecha alguna. Acto continuo de haber llegado á Tacubaya, distante una legua de la capital, se refugió en la casa de un amigo, donde permaneció quince días, recibiendo noticias de la marcha que seguía la causa del emperador, Mejía y Miramon. En el momento que supo que iba á reunirse el consejo de guerra para juzgarles, resolvió penetrar en la capital, arriesgando su vida; y disfrazándose de vivandero, salió de Tacubaya al oscurecer del día 14 de Junio. Con serenidad imperturbable y con aire natural y franco, se acercó á la línea del ejército sitiador; y despues de examinar con ojo inteligente cuál era el punto que presentaba ménos dificultades para realizar su intento, marchó á ponerlo por obra avanzando sigilosamente y favorecido por la oscuridad, hácia la plaza sitiada.

Protegida su temeridad por la fortuna, el general D. Manuel Ramirez Arellano logró llegar á las diez de la noche, al primer puesto avanzado de la línea imperialista donde, dándose á conocer, fué recibido con la mayor alegría. Juzgando que era oportuno mantener el entusiasmo de la tropa, dió las más lisonjeras noticias respecto al emperador y su ejército, diciendo que se hallaban en camino para la capital. La alegría más intensa se apoderó de los oficiales y soldados que se hallaban en aquel punto, y pronto circuló la noti-

1867. cia por toda aquella línea, con la veloci-
Junio. dad del relámpago. El jefe de la línea se hallaba en aquellos momentos ausente de ella; pero volviendo á poco, recibió los partes en que sus subordinados le hicieron saber la llegada del general Arellano, y las noticias de la próxima llegada del emperador

con su ejército. Contento de lo que se le avisaba, recorrió á las once de la noche la línea, y preguntando personalmente á los escuchas que tenía situados fuera de las fortificaciones por donde se presentó el general Arellano, supo por ellos de una manera positiva, que, con efecto, había llegado, procedente del campo sitiador.

Entre tanto que el jefe de la línea por donde había entrado recogía las noticias necesarias para ponerlas en conocimiento de la autoridad superior militar, don Manuel Ramirez Arellano se dirigió á ver al general D. Ramon Tabera, comandante en jefe de las tropas de la gnarnicion. Este, que se hallaba con sus ayudantes y varios oficiales, le preguntó si era cierto que se aproximaba el emperador. El general Arellano se sorprendió de que ni el comandante en jefe tuviese conocimiento de los sucesos acaecidos en Querétaro y contestó afirmativamente. El placer brilló en el semblante de todos los que escuchaban, y la satisfaccion inundó sus corazones.

Pocos momentos despues fué conducido el general D. Manuel Ramirez Arellano á la presencia del lugarteniente D. Leonardo Marquez, con quien tuvo una larga conferencia en Santiago Tlaltelolco, en que estaba situado el cuartel general. En esa conferencia, convinieron por de pronto, en la necesidad de ocultar al público los sucesos de Querétaro y presentar triunfante al emperador, en camino para la capital con su ejército. Levantado así el espíritu de la tropa y aprovechándose del entusiasmo que despertase la noticia, se prepararía todo para dar un ataque decisivo á los sitiadores por el punto que se juzgase más á propósito para abrirse paso y salir de la ciudad.

1867 Como la noticia de que había llegado á la plaza el general Arellano anunciando la próxima llegada del soberano circuló con asombrosa velocidad entre el ejército, se ha llegado á asentar en algunos opúsculos históricos, que el lugarteniente don Leonardo Marquez, desde que supo que aquel había entrado á la ciudad, y aun antes de hablar con él, fué el que la comunicó inmediatamente, en esa misma noche, por el telégrafo, á todas las líneas, anunciando la llegada del expresado general con las nuevas referidas. Pero en esto han sufrido un error. La noticia, como he dicho antes, la dió el mismo D. Manuel Ramirez Arellano al llegar á la línea imperialista por donde entró, extendiéndose al acto por toda ella. Que así fué, se ve claramente en el informe que dió el general de la línea, en el cual dice entre otras cosas: «De vuelta á la línea, recibí los partes en que se me daba conocimiento de la entrada del general Arellano y de las noticias que había dado, asegurando la próxima llegada del emperador: estas noticias se extendieron con asombrosa rapidez y han llenado de gozo á los defensores de la plaza. A las once de la noche recorriendo la línea, interrogué personalmente á los escuchas que tenía apostados fuera de fortificación por el punto donde se presentó el Sr. Arellano, y no me quedó duda de que este señor había venido realmente del campo enemigo.»

Ya se ve, por lo expuesto, que la noticia de que se aproximaba Maximiliano con su ejército hacía la capital, y que circuló con indecible rapidez entre la tropa que guarnece la plaza, fué dada por el general don Manuel Ramirez Arellano desde el momento

de su llegada al primer punto avanzado de la línea imperialista.

En los instantes mismos en que los defensores de la plaza se daban el parabien de que pronto serían auxiliados por el soberano, el consejo de guerra de Querétaro sentenciaba á muerte á Maximiliano y sus dos generales D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejía.

1867. De acuerdo el lugarteniente D. Leonardo Marquez y el general D. Manuel Ramirez Arellano en la necesidad de mantener el error, para levantar el entusiasmo de la tropa y lograr, por este medio, abrirse paso para salvarse y mantener en campo libre la campaña, que juzgaban poderla hacer con buen éxito, pues eran todavía dueños del importante puerto de Veracruz, convinieron en que era conveniente dar la noticia como oficial. En consecuencia, á las nueve de la mañana del siguiente día 15, dirigió el lugarteniente D. Leonardo Marquez una comunicacion al general en jefe de la plaza D. Ramon Tabera, diciéndole que acababa de llegar el general Arellano haciendo saber que se acercaba el emperador, y ordenándole que la publicase en órden general extraordinaria, y por un alcance al público. La comunicacion enviada por D. Leonardo Marquez al general Tabera, decía así:

«Excmo. Sr.—A las diez y media de la noche anterior se me ha presentado el Sr. general D. Manuel Ramirez de Arellano, procedente del campo de S. M. el emperador (despues de haber perdido cuatro días que estuvo oculto en Tacubaya), y dicho señor general me ha dado la plausible noticia de que el ejército imperial de Querétaro, viene en auxilio de esta capital,

»mandado por el soberano, quien en breve estará á
»nuestra vista y sobre el enemigo.

»Tan plausible noticia mandará V. E. se publique
»en órden general extraordinaria y por un alcance al
»público, disponiendo que sea solemnizada con repi-
»ques y dianas.»

Esta órden la publicó el mismo día 15 *El Diario del Imperio*, y el alcance circuló por todas partes con imponderable rapidez.

Pronto un repique general de campanas se escuchó en las numerosas iglesias de la capital celebrando la noticia, que llenó de regocijo á la parte imperialista de la ciudad, y de entusiasmo á la guarnicion.

El Diario del Imperio publicó en ese mismo día, el artículo siguiente, que fué leído con avidez por todos los adictos á la monarquía:

»PRÓXIMA LLEGADA DE S. M. EL EMPERADOR, AL FRENTE
DE SU INVICTO Y HERÓICO EJÉRCITO.

»En la sección oficial publicamos hoy la noticia de
»la venida de S. M. el emperador al frente de su he-
»rónico ejército, la cual dimos hace algunas horas por
»alcance al *Diario* de ayer.

»Se han confirmado plena y auténticamente las no-
»ticias que por particulares conductos teníamos acerca
»de los sucesos del día 15 de Mayo en Querétaro, que
»los enemigos de la sociedad trastornaron y compusie-
»ron á su manera, sin pararse para esto en los más ab-
»surdos cuentos y en los más reprobados medios, de
»que se avergonzaría cualquiera persona por poco que
»fuera en lo que se estimara.

»Nuestro angusto, magnánimo y valiente soberano,

»á la cabeza de su ejército de bravos, evacuó Queré-
»taro en la fecha citada arriba, con todos sus genera-
»les, jefes y la mayor parte de su tropa, sus armas y
»sus piezas de artillería, abriéndose paso bizarramen-
»te, para marchar en auxilio de esta capital.

»La necesidad de hacer jornadas muy cortas y la de
»rodear por poblaciones de alguna importancia para
»proveerse de los recursos que había agotado en Que-
»rétaro, en las repetidas y victoriosas batallas que sos-
»tuvo, son causa de que no se encuentre en estos mo-
»mentos escarmentando á los sitiadores de Méjico. El
»denodado general Ramirez Arellano, sin medir la dis-
»tancia ni temer los peligros, se separó de sus compa-
»ñeros, como emisario de S. M., dejándole el día 9 del
»actual en Maravatío. De un instante á otro, pues, van
»á verse unidos los leales, decididos y valientes defen-
»sores de Méjico con aquel ejército, sobre toda ponde-
»racion recomendable, y nuestro heróico soberano á la
»cabeza de sus leales tropas, sabrá escarmentar á los
»que tantos males están causando, y que tantos otros
»mayores preparan á la nacion.—¡Sea mil veces en
»hora buena!

»En el próximo número esperamos dar pormenores
»sobre la evacuacion de Querétaro, batallas y marchas
»del ejército imperial. Por ahora, y para calmar la
»pública ansiedad, nos limitamos á dar las anteriores
»noticias.»

1867. Grande fué el entusiasmo que causó en
Junio. las tropas que guarnecían la capital, las no-
ticias publicadas; pero á pesar del notable partido que
se podía sacar del alentado espíritu que las animaba,

era preciso meditar mucho el plan para romper el sitio, y conseguido éste poder sostener una campaña con probabilidades de buen éxito. El general D. Manuel Ramirez Arellano, animado de la idea de salvar al emperador, Mejía y Miramon, propuso al lugarteniente D. Leonardo Marquez, en su conferencia secreta, marchar á Querétaro; pero esto, ninguno mejor que el mismo general Arellano podía conocer, meditando un poco, que era verdaderamente imposible. Si cuando el general D. Leonardo Marquez propuso al emperador salir de Querétaro con las excelentes tropas que tenía, juzgó D. Manuel Ramirez Arellano que la salida equivaldría á una completa derrota antes de poder llegar á la capital, no obstante haber en ésta tropas austriacas y mejicanas que podían marchar en su auxilio, mal podía creer ahora que cinco mil hombres, esto es, poco más de la mitad del número con que contaba entonces el emperador, pudiesen marchar á Querétaro con abundante artillería y todos los pertrechos necesarios, teniendo á raya á más de veinte mil hombres con que contaba D. Porfirio Diaz, y venciendo al ejército del general D. Mariano Escobedo, que era dueño de Querétaro.

El lugarteniente D. Leonardo Marquez juzgó que lo principal, por entonces, era romper el cerco, derrotando á una parte del ejército sitiador, y obrar despues de la manera que pareciese más acertada. Si el corto número de tropas que tenía, parte de ellas reclutas, le había parecido insignificante para batir en detall á las fuerzas sitiadoras, pues hacerlo habría sido exponer á que las tropas republicanas penetrasen por los puntos que quedasen más débiles, lo juzgó suficiente

para abrirse paso y continuar enseguida la campaña, levantando nuevos batallones.

Todos sus proyectos, sin embargo, vino á echar por tierra al siguiente día 16, la llegada del baron de Lago, representante de Austria, al cuartel general de los sitiadores, situado en Tacubaya. El expresado representante, á quien como tengo referido, hizo salir de Querétaro el general republicano D. Mariano Escobedo por sospechas que de él tenía, llegó en la tarde del 16 á Tacubaya. En esta poblacion, segun se desprende de una carta suya, escrita el 23 de Junio al gobierno austriaco, quedó sorprendido, pero de una manera desagradable, al saber que el general D. Leonardo Marquez no pensase en rendir la ciudad, y que, lejos

1867. de eso, hubiese anunciado oficialmente que
Junio. el emperador, despues de haber conseguido brillantes victorias, debía llegar de un momento á otro en auxilio de la capital.

Este sentimiento del baron de Lago en que continuase D. Leonardo Marquez defendiendo la plaza, no reconocía, desgraciadamente, el noble deseo de que no corriese ya más sangre mejicana en la lucha, sinó el de que fuesen fusilados los austriacos, si continuando obedeciendo al lugarteniente, eran hechos prisioneros. Que este era su temor se revela en las siguientes palabras de su carta al gobierno de Austria: «En el campo de los liberales, dice, la exasperacion contra el general Marquez, contra los demás generales imperiales y contra los oficiales y soldados extrangeros que serían bajo sus órdenes, había llegado al colmo, en atención á que era imposible admitir que pudiesen aún estar en duda sobre la suerte del emperador. Así

»es que les reprochaban que querían continuar la efusion de sangre inútilmente y sin esperanza de triunfo, por pura pasion y obstinacion. Todos los oficiales superiores mejicanos y europeos se hallaban, pues, en la lista de los que debían ser ejecutados despues de la toma de Méjico.»

Pero que en el campo sitiador hubiese esa exasperacion contra el general D. Leonardo Marquez y todos los que defendían la plaza, no podía sorprender al baron de Lago. Sabido es que todos los partidos experimentan esa misma exasperacion contra los hombres del bando contrario que más resistencia oponen á sus armas y á sus ideas. A los representantes extranjeros que informan á sus respectivos gobiernos de lo que pasa en el país en que se hallan, toca presentar los hechos bajo su verdadero punto de vista, para que, conociendo con exactitud sus causas, puedan juzgar con acierto, de la conducta observada por los hombres de las diversas comuniones políticas que han representado un papel importante en el escenacio de las contiendas civiles.

El baron de Lago no sabía, sin duda, al escribir esa carta, lo que Maximiliano había dispuesto que se hiciera, en el caso de que muriera ó cayese prisionero. En la abdicacion que envió en pliego cerrado á D. José María Lacunza para cualquiera de ambos casos, no mandaba que se rindiesen á discrecion los que combatían por la causa del imperio, sinó que decía que: «amando á los mejicanos y sobreviviendo ese afecto á la duracion de sus días, había determinado para el caso de su muerte, y tambien para el de su abdicacion porque

1867.

Junio.

»fuese hecho prisionero definitivamente sin esperanza de recobrar la libertad por sus propios y solos esfuerzos, dejar establecida una regencia que sirviendo transitoriamente de centro de union para el gobierno, librarse al país de horrendos males, y recomendaba con encarecimiento al pueblo mejicano que viendo en aquella medida el último testimonio que podía darle de cuánto le había amado, lo aceptase gustoso en obsequio de sí mismo.»

Y en otra parte de su abdicacion se expresaba así: «Entretanto la nacion mejicana no exprese su voluntad de cambiar la forma de su gobierno, existiendo hoy la monarquía, corresponde restablecer una regencia para el caso de quedar vacante el trono.»

Por lo expresado en los trozos que dejo copiados se ve que el señor baron de Lago, aunque hubiese visto, como asegura, exasperarse á los sitiadores contra el general Marquez y cuantos defendían la plaza, incluso los oficiales y soldados extranjeros que servían á sus órdenes, no debió ver en la conducta de los jefes imperialistas sitiados, nada que pudiera hacerles aparecer á los ojos del soberano de Austria y del mundo, como indignos de la confianza que en ellos había depositado Maximiliano, sinó, por el contrario, una firme obediencia á sus disposiciones y una lealtad de que blasonarían los militares de las naciones que más puedan preciarse de pundonor y de abnegacion. Pero había más aún para que el lugarteniente D. Leonardo Marquez y los que estaban bajo sus órdenes opusieran una resistencia tenaz al ejército sitiador al saber la prision del emperador. Precisamente se hallaban en la capital los hombres que había designado para for-